

Viene de la página 56

Haciendo los países ricos una inversión mínima comparada con las cantidades que se están gastando en Irak, pero que seguramente ayudará tanto o más a combatir el terrorismo internacional, a promover la estabilidad planetaria y crear un mundo menos malo.

Es el plan que propone el brillante economista estadounidense Jeffrey Sachs, asesor en temas de desarrollo del secretario general de la ONU, Kofi Annan. Supone, en primer lugar, discriminar entre aquellos países que gobiernan para el bien de sus habitantes y aquellos que gobiernan para el bien de

## Han surgido gobiernos democráticos que desean de verdad mejorar las vidas de sus compatriotas

sus gobernantes. Sachs sugiere que se dirija ayuda a aquellos países con una demostrada tendencia a gobernar con seriedad, países en casi todos los casos que carecen de la mínima infraestructura necesaria para poder crecer económicamente. "Con apenas una pequeña porción de lo que Estados Unidos gasta ahora en Afganistán e Irak sería posible permitir que cientos de millones de personas escapasen de la pobreza", ha escrito Sachs.

No debería ser demasiado difícil. La clave consistiría en que los votantes de los países ricos convencieseran a sus Gobiernos de que vale la pena invertir el dinero de sus impuestos en proyectos cuyo primer objetivo sería aliviar la miseria de seres humanos cuya única esperanza —por más que en un mundo ideal quisieran quedarse en casa con sus familiares— consiste en emigrar a Occidente; y cuyo otro objetivo sería evitar que una vez más África caiga en el ciclo de guerras y más guerras al que estuvo condenada durante dos generaciones.

## 10 años después del 'apartheid'

J. C.  
Desde que Nelson Mandela asumió el poder en 1994, Suráfrica dejó de ser un país especial en el mundo. No era el único lugar donde existía el racismo, pero sí el único donde se le ocurrió al Gobierno imponer un sistema de discriminación racial por ley. No ser racista significaba, para un blanco surafricano, ser un delincuente.

Pero, diez años después de la caída del *apartheid*, Suráfrica no deja de ser un país especial en África subsahariana. Suráfrica, la superpotencia del continente, es al resto del continente lo que Estados Unidos es a América Latina: el país más fuerte tanto a escala política como militar o económica. No hay ningún país en África cuyos habitantes gocen de tanta libertad de expresión ni cuyo sistema legal sea más imparcial y eficiente. No hay ningún país que tenga fuerzas armadas capaces de intervenir con la misma contundencia en conflictos continentales. No hay ningún país que atraiga ni remotamente la misma cantidad de inmigrantes indocumentados.

Y es fácil ver por qué. Cruzar la frontera de Mozambique —en lo económico, un país típico africano— a Suráfrica es una experiencia bastante más chocante que cruzar de Tijuana a San Diego, California. Para empezar, la calidad y cantidad de las carreteras: las autopistas de Suráfrica son comparables a las europeas; Suráfrica tiene



Nelson Mandela, en una visita a la celda que ocupó durante 27 años. / REUTERS

un 50% más de extensión geográfica que Mozambique, y el doble de población, pero tiene 14 veces más kilómetros de calles pavimentadas. Otro dato: entre móviles y líneas fijas, hay 20 millones de números de teléfono en Suráfrica (uno por cada dos personas); en Mozambique hay 500.000, uno por cada 36. En total, el presupuesto estatal surafricano es 20 veces mayor *per cápita* que el mozambiqueño.

Y hay otra cifra aún más demoledora: Suráfrica posee el 45% del producto bruto total de toda el África subsahariana. Esto lo nota cualquier empresario nigeriano, angoleño o ruandés

nada más descender de su avión en el aeropuerto de la Nueva York africana, Johannesburgo. El edificio del aeropuerto transmite reluciente modernidad. Los empleados de aduana son corteses y eficientes: sería un grave error intentar sobornarlos. Nada más hay que mostrar la tarjeta de crédito en Hertz o Avis, y uno se encuentra volando por una excelente autopista de tres carriles en un Toyota o Volkswagen o Mercedes Benz construido en Suráfrica. Los hoteles, los vinos y la comida en los restaurantes son de nivel europeo, como lo son muchos de los hospitales, y el agua de los grifos se puede beber sin temor a una muerte súbita.

## Soldados en cuerpos de niños

Ejércitos y guerrillas reclutan y arman a menores.

Por Ramón Lobo

África, un continente que sucumbe lentamente al hambre, las guerras, las catástrofes naturales y las enfermedades, vive otra tragedia larvada que hipoteca su futuro en varias generaciones. Más de 11 millones de huérfanos del sida malviven en las calles abandonados por su Gobierno y sin acceso a una educación o un oficio. Muchos, como otros en aldeas remotas, son carne de ejércitos y guerrillas que los secuestran, alistan a la fuerza y los lanzan a la primera línea del combate. Son muertos sin estadística.

No hay cifras oficiales del número real de niños soldados en África, pero deben de ser decenas de miles en países como Sudán, Uganda, Congo, Sierra Leona, Liberia, Costa de Marfil, Ruanda, Burundi, Angola...

El rito de iniciación —les obligan a matar y violar en sus propias aldeas— corta las raíces con el pasa-



Niños soldados de un grupo rebelde de Congo exhiben sus armas. / ASSOCIATED PRESS

do, previene las deserciones y les sumerge en un mundo sin salidas. Los programas de rehabilitación son limitados y escasos en presupuesto, por lo que los fracasos se acumulan. Una de las excepciones es el programa dirigido por el sacerdote español Chema Caballero, que desarrolla desde hace años junto a otros misioneros javerianos en Sierra Leona. Han logrado un alto por-

centaje de reinserción. Se trata de un proyecto integral, que recorre todas las etapas: desde el abandono de la guerrilla hasta la enseñanza de un oficio y la búsqueda de un trabajo. Una de las enseñanzas de Sierra Leona es que la rehabilitación es posible en un entorno de paz. Ahora, sin niños guerrilleros, Caballero trabaja en la segunda etapa: escuelas para niños de la calle.

En el Sudán musulmán tiene bases la guerrilla ugandesa del Ejército de Resistencia del Señor, que guerra contra Kampala desde hace 18 años: 150.000 muertos y más de un millón de desplazados. Esa secta militarizada se nutre en exclusiva de la captura de niños. El Sudán cristiano está dominado por el Ejército de Liberación del Sur de Sudán, bajo control de la tribu dinka, que también utiliza menores sacados a la fuerza de sus aldeas. Para EE UU, el primero es un grupo terrorista, y el segundo, de liberación.

Organizaciones internacionales de defensa de los derechos humanos recuerdan que la utilización de menores es un crimen de guerra y un delito de lesa humanidad. La Corte Penal Internacional, que ha comenzado a investigar las atrocidades de las guerras congoleñas, tiene la oportunidad de sentar un precedente jurídico.

En esa República Democrática de Congo, donde en ocho años han muerto más de tres millones de personas por la guerra y el hambre, los niños se alistaban porque el Ejército y las diferentes guerrillas les ofrecen lo que es más escaso: comida. Armados con sus Kaláshnikov, se sienten capaces de disputar a los ancianos la cima de la pirámide social.

Cuando llega la paz, como en Angola, uno de los países africanos con mayores riquezas naturales, el ex guerrillero se transforma en un parado, en un niño de la calle, en una prueba viviente de que ese país ha perdido más que miles de vidas; ha perdido una parte de su futuro.